

Domingo I de Adviento - Ciclo C

2 de diciembre de 2018

LA PALABRA DE DIOS

- **Jeremías 33,14-16:** *“Suscitaré a David un vástago legítimo”*
- **Salmo 24:** *“A ti, Señor, levanto mi alma”*
- **1ª Tesalonicenses 3,12-4,2:** *“Que el Señor os colme y os haga rebosar de amor”*
- **Lucas (21,25-28.34-36):** *“Se acerca vuestra liberación”*

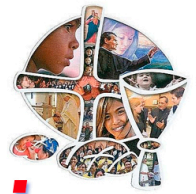
CLAVES PARA LA HOMILÍA

- **El Adviento inaugura un “año nuevo” y un “tiempo nuevo”:** comenzamos un nuevo año litúrgico, el del ciclo C, con un tiempo nuevo que llena nuestra vida de esperanza y de confianza.
- **Esperar es confiar, en actitud de alerta:** la espera evangélica nos debe poner en marcha, superando una actitud pasiva y favoreciendo una actitud de alerta confiada.
- **Celebraremos una Navidad cristiana si antes vivimos un Adviento auténtico:** las grandes fiestas se conocen por sus vísperas –dice la sabiduría popular–, de ahí la oportunidad que un año más se nos brinda con el Adviento para preparar y, entonces sí, celebrar una Navidad cristiana, una Navidad llena de Dios.

PROPUESTA DE HOMILÍA

El domingo pasado, con la celebración de la Solemnidad de Jesucristo Rey del Universo, pusimos el punto final al año litúrgico. Seguramente este momento nos sirvió para revisarnos, para recoger lo mejor y lo peor del año que acababa y, por qué no, para retomar lo que todavía puede mejorar en nuestra vida como discípulos del Señor Jesús. Seguro que también este “punto final” del año litúrgico nos dio la oportunidad de reconocer, en el día a día de este último año, la presencia amorosa de Dios en nuestra vida cotidiana. No es este un ejercicio baladí, sino muy importante si queremos ir ganando intimidad y “amistad con Aquél que sabemos que nos ama”.

Hoy, primer domingo de Adviento, inauguramos un nuevo año y, con él, un tiempo cargado de novedad. Todo lo nuevo nos habla de oportunidad y de posibilidad. Es bueno que así acojamos este nuevo año que estrenamos, como una oportunidad de seguir haciendo camino, de seguir creciendo como personas y como creyentes. ¡Qué bueno que, en el inicio del nuevo año litúrgico, sea el tiempo de Adviento el primer invitado de nuestra vida! Porque hablar de Adviento es hablar de esperanza, de preparación y de alerta confiada.



La Misa del Domingo

La **esperanza** está en las raíces de nuestra fe. Esta convicción está presente desde las primeras páginas del Antiguo Testamento. Hoy la hemos vuelto a escuchar de boca del profeta Jeremías: *“Ya llegan días –oráculo del Señor– en que cumpliré la promesa que hice a la casa de Israel y a la casa de Judá”*. Nuestro Dios siempre cumple sus promesas, y les da plenitud: Jesús, el Señor, será ese *“vástago legítimo que hará justicia y derecho en la tierra”*. Para nosotros -como para el pueblo de Israel-, constatar comunitaria y personalmente que nuestro Dios cumple sus promesas, es robustecer nuestra fe y llenarla de esperanza.

Sin embargo, nuestra esperanza no puede vivir sólo mirando hacia atrás, de los recuerdos y de la nostalgia del pasado. La esperanza cristiana nos invita a preocuparnos por lo que pasa a nuestro alrededor y, también, a mirar hacia delante, trabajando por un mundo más justo, más humano, más de Dios. Porque, ¿qué sería de nosotros si dejáramos de esperar algo! Una persona que ya no espera nada de la vida está muerta. Vivir es esperar, porque esperar es vivir.

Para esperar al que va a venir, al que va a nacer, el Adviento nos convoca a una honesta **preparación** interior. Sin ella, corremos el riesgo de que todo quede en lo exterior: en las luces, la brillantina, los papeles de celofán, los escaparates... Si queremos esperar (sin desesperar), aprovechemos este tiempo para acercarnos más a Dios: en la oración personal y comunitaria, en el servicio a los demás, en la celebración de los sacramentos.

Dejemos que nuestro Buen Dios sea quien nos enseñe a entrar más y mejor en su Misterio de Amor. Él es nuestro mejor Maestro. El salmo que hoy hemos rezado nos lo recordaba: *“Señor, enséñame tus caminos, instrúyeme en tus sendas: haz que camine con lealtad; enséñame, porque tú eres mi Dios y Salvador”*.

Una de las lecciones que podemos aprender durante este tiempo de Adviento la encontramos hoy en el fragmento del evangelio de Lucas que acabamos de proclamar. Es el mismo Jesús quien nos invita a vivir en una actitud de **alerta confiada**. No es suficiente solo con mirar los signos *“del sol y la luna y las estrellas”*. Es necesario dar un decidido paso al frente ante su invitación: *“levantaos, alzád la cabeza; se acerca vuestra liberación”*.

Vivir el Adviento como un tiempo de alerta confiada es *“estar despiertos en todo tiempo”*, superando el riesgo del despiste o del adormecimiento.

Preparar la Navidad, esperando el día de la libertad, es vivir en medio de las cosas de este mundo sin dejar que nos absorban.

Preparar la Navidad, esperando el día de la libertad, es abrir los ojos, las manos, los oídos y el corazón a descubrir a Dios presente en nuestra historia, en nuestro barrio, en nuestra familia, en nuestra vida.

Preparar la Navidad, esperando el día de la libertad, es erguir la cabeza confiando en que el Amor de Dios es más fuerte y poderoso que el mal, el odio o el desaliento del mundo.

¡Feliz Adviento! ¡Buen camino de esperanza, preparación y alerta confiada!

Xabier Camino Sáez, sdb